

la experiencia de su nada qué es lo que tiene de su cosecha, qué es lo que de Dios recibe y cuánta es la distancia que hay de uno á otro. Con este contrapeso, aunque molestísimo, se tiene en fiel el espíritu, sin desvanecerse con los dones del altísimo. Este eclipse enseña á hacer la debida estimación y aprecio de la merced que Dios hace cuando se deja tratar familiarmente de las almas; y el don de temor enseña con toda claridad que estos favores no son debidos á nuestras obras por excelentes que sean, y que es pura gracia de Dios el comunicarse al espíritu. En este crisol se purifica el oro, resplandece la hermosura de la caridad y cobra fuerzas y robustez el amor varonil, y se arma como con una adarga invencible, acostumbándose á amar á Dios, como es en sí mismo, sin poner los ojos de la afición en las caricias, gustos y delicias que se gozan amándole. Acuérdomé haber leído, decía Castillo, de algunos grandes siervos y amigos de Dios, que por ser santísimos están ya canonizados, á los cuales sucedía lo mismo que á ti. No faltaron entre ellos algunos que pidieron al Señor con grande instancia que los librase del tormento atroz de estos sufrimientos interiores, ofreciéndose á padecer con gusto cualquier otro género de penas. A esto parece que aludía David cuando, clamando al cielo con gemidos decía: «Pregúntame cada día donde está tu Dios, y mi alma está como el pájaro solitario en los techos y desvanes de la casa: halléme reducido á mi misma nada, y como embelesado, aun de mí mismo no sabía.»

Explicando esto, aunque de corrida, volvió el Doctor á preguntar á la virgen cómo le iba después de aquellos horrores y tinieblas, que eran imagen triste de las penas del infierno. Aquí, espantada Rosa, enmudeció, perdió el color y dejó el lugar donde estaba, como si hubiera pisado un dragón disforme. Conocía que el responder era para ella demasiado difícil, y que como sobraba que decir, así también faltaban palabras con que referirlo. Entre tanto la apremiaba el Doctor;

la instó dos y tres veces, mas no pudo sacarla una palabra. Finalmente, formalizándose mucho, con rostro severo y grave, dijo: «Advierte, Rosa, que no es tiempo ni lugar de callar nada, ni de rehusar el decir cuanto te ha pasado; tu mismo interés te obliga á ello; si disimulares algo, si ocultares algo en este examen, entiende que es negar á Dios sus beneficios. Si no respondes llanamente á cuanto te pregunto, ni yo te entenderé á ti ni tú á mí, como es necesario, para que tú quedes asegurada y yo satisfecho. Ni te podrás enterar ni hacerte capaz, como deseas, de los enigmas, de las visiones y representaciones que te he comenzado á explicar en parte y después en parte te he de declarar.» Obedeció humilde Rosa, á quien el miedo y empacho había encendido todo el rostro y bañado de rubor vergonzoso; y pidiendo perdón primero, por si acaso como ruda y sin cautela decía algunas paradojas, comenzó á relatar de esta suerte su historia.

Cuando me hallo y me lloro como anegada y absorpta entre los remolinos de mi soledad oscura, de repente me veo restituída á las luces del mediodía y á la antigua unión con Dios, como si reposara en los brazos de mi Esposo; con tanta seguridad como si nunca hubiera caído de aquel felicísimo estado. Siento en mí ansiosos ímpetus de amor, al modo que un caudaloso río, rompiendo las presas y las murallas con que suelen intentar atajar sus caudalosas corrientes, se precipitan, atropellándose sus aguas, llevándose con velocidad las contrapuertas, que antes le detenían y cerraban el paso. Aspira luego el suavísimo perfume de los favores divinos y espárcese la fragancia de los aromas difundiéndose por el campo. El alma se ve sumergida en el piélago inmenso de la bondad divina, y con transformación y metamorfosis inefable, despojándose de sí misma, se transforma en el amado y se hace una misma cosa con él. Aquí hizo pausa la virgen. Mandó el Doctor Castillo que pasase adelante en su narración, y ella volvió á embarazarse con el empacho, sonroseó sus



mejillas la vergüenza, titubearon los labios al articular las palabras; mas al fin prosiguió diciendo: Entre estos favores me parecía que había echado hondísimas raíces en Dios y que estaba inmóvil en él, segura de su amistad y confirmada en su gracia. Sentía también cierto dón inexplicable fundamental y sólido, con que hacía juicio, que moralmente era imposible pecar, como aquel que lleno de seguridades y confianza decía: «¿Quién nos podrá apartar del amor de Cristo? Ciertamente estoy que ni la muerte, etc.» Al decir esto protestaba la virgen, que nunca se había atrevido á descubrir este secreto á ninguno de los mortales, y que tampoco ahora lo hiciera, si no se viera obligada con el rigor de este examen, y que si acaso había errado en el modo de hablar, viéndose necesitada á decir todo lo que le sucedía, y á explicar cosas tan altas, pedía con toda sumisión que la corrigiesen, enmendasen y enseñasen.

Alabó el Doctor la cándida sencillez de la obediente Rosa, mandóla que no temiese, porque hasta ahora no había errado en nada, y que no dejase de decir cumplidamente hasta el fin todo el suceso. Prosiguió Rosa, y con voz balbuciente y desmayada, dijo: que muchas veces después de aquellas tinieblas temerosas y horribles, se le mostraba la humanidad de Cristo, hermosa y afable, ya en forma de varón perfecto, ya de niño; y muchas más veces veía á la Madre Virgen bellísima, amable, dulcemente agradable, familiar y tratable. Preguntada acerca del modo y calidad de esta visión, si era imaginaria ó intelectual, si duraba mucho ó era muy breve, si cara á cara ó por transparencias y oblicuamente, respondió: que los nombres propios que significan la diferencia de aquellas visiones de que era preguntada, no habían llegado hasta entonces á su noticia; pero que la humanidad gloriosa de Jesucristo se le manifestaba como que pasaba muy cerca y que le veía claramente, como cuando en verano se encienden en el aire las exhalaciones que parecen cometas y corren con paso lento. Que no veía toda la estatura de Cristo, sino

sólo el rostro hasta los pechos; pero que la sagrada Virgen solía detenerse más á sus ojos, regalando más despacio su vista. De aquí infirió Castillo, que estas visiones eran imaginarias. En consecuencia la mandó que declarase de qué modo se cercioraba de la presencia especial de la divinidad, que tanto encarecía. Trabajaba Rosa buscando palabras indoneas con que explicarse; pero al fin no pudo hallarlas, y sólo pudo darse á entender de algún modo con términos que llaman negativos; con los que se expresa lo que no es Dios, para colegir de algún modo por esta vía, lo que es. Manifestó que es una luz sin figura, medida y fin, que nadie la comprende y comprende ella todas las cosas; que es sutil, estable, límpida, con suma unidad y multiplicidad, sumamente distante y sumamente cercana, íntima, noble, excelsa y que de mil leguas no puede compararse á ninguna de las criaturas, y que mejor se conoce en esta vida mortal por medio de los admirables afectos inmediatos, con que se comunica vitalmente á las almas, que en su misma sustancia. De donde constó claramente que esta visión era puramente intelectual. Preguntada cuáles son estos efectos por donde se conoce aquella íntima presencia de Dios, de que se trataba, dijo: que era la ternura del gozo fuerte á la vez que superior á todos los gozos imaginables; el parentesco de la filiación divina, la renovación interior de la vejez antigua, experimentada en la misma esencia del alma; el llenarse los senos todos de la voluntad, de vida y alegría firme, santa, sazónada y de todos modos inefable, que se hallaba en todos los afectos.

Veía el examinador que Rosa había satisfecho plenamente á todo lo que podía exigir el examen más riguroso; como quien sabía muy bien que en esta excelsa materia de unión con Dios, cuanto más se dice menos se significa. De aquí que pasando prudentemente á cuestiones más fáciles de resolver, la preguntara sobre los ejercicios de mortificación y penitencia. Rosa, porque á su juicio era muy poco y muy vulgar lo que



obraba, habló muy de paso de sus ayunos, cilicios, disciplinas y otras austeridades, y esto no estando allí presente su madre. Dijo también que en este género no obraba nada por su capricho, sino según el modo y medida que le tasaban sus confesores. Finalmente, después de haberse hablado mucho por una y otra parte de la desconfianza de sí, del ardor de la fe, de la seguridad de la esperanza, de los estímulos del amor soberano; y después de haber explorado con gran sagacidad toda la vida de Rosa, concluyó el Doctor diciendo que el camino que llevaba era llano y seguro, que no podía recelarse ningún engaño del demonio, con que astutamente deslumbra las almas; y que tales afectos, tales efectos y tales luces no podían tener su principio en ilusiones del príncipe de las tinieblas. Desde allí adelante muchas veces vino el Doctor Castillo á visitar á la virgen con toda confianza, no ya para examinarla, sino para tratar entre sí puntos de espíritu; hallando siempre muchas cosas de nuevo que admirar y que aprobar en ella.

Lo mismo sintió el Maestro Lorenzana, después que con toda atención y diligencia exploró el espíritu de la virgen, con examen más frecuente y más repetido. Fuera prolijidad contarle todo por menudo: baste añadir á lo dicho, que después que comenzó á examinar á Rosa en la vía iluminativa, se asombró de oír las respuestas que daba una doncella sencilla y sin letras, acerca del misterio secreto de la Santísima Trinidad, de la unión hipostática del divino Verbo, del Sacramento del altar, de la gloria de los bienaventurados, del libro de la vida y predestinación, de la esencia de la gracia y de otros misterios de la fe y de la teología. Dejó oír Rosa en esta ocasión axiomas tan profundos y sólidos, conceptos tan sublimes y agudos, sentencias tan claras, breves y fecundas, palabras tan propias, tan del caso, tan inteligibles y sucintas, que no pudo dejar de confesar el examinador delante de muchas personas, que nunca había visto ingenio tan iluminado y perspi-

caz. Y así alababa al Padre de las luces, porque revelaba á los humildes, pequenuelos é indoctos tantos misterios que se ocultaban á los más sabios y prudentes. Esto mismo admiró después, observando el método admirable de que usaba Rosa cuando se confesaba; con tal distinción de palabras, tal propiedad y circunspección, que le parecía al Maestro Lorenzana que oía, no á una mujer, sino á un teólogo muy hecho y muy consumado; tanta era la proporción de sus palabras, la gravedad y medida de ellas, sin despropósitos, sin rodeos, sin confusión y superfluidad. Por esto cuando en una ocasión le llamó el sacristán menor para que oyese de confesión á la virgen, diciendo que le esperaba en la Iglesia Rosica: le reprendió ásperamente porque tomaba en la boca aquel nombre sin reverencia, y dijo: A vos os parece Rosica la que de verdad es Rosa, y grande á los ojos de Dios. Vendrá tiempo en que todos entiendan cuán crecida es, cuán grande y cuán digna es esta Rosa de mirarse con respeto y con reverencia.

Igual al Maestro Lorenzana en mérito y también catedrático de prima fué el Maestro Fr. Luis de Bilbao. Notó esto mismo en Rosa, cuando la confesaba. Aseguró después, hablando de sí mismo, que entre los coloquios secretos de aquel fuero oculto de la penitencia, enmudecía, considerando la profundidad y erudición de los discursos sólidos con que satisfacía á cuestiones árdas é intrincadas con toda prontitud, facilidad y buen orden; descubriéndose súbitamente que era muy superior el espíritu que hablaba en la virgen. Y realmente entre todas las personas de Lima, que eran todas por célebres en santidad y perfección, se fué introduciendo, y prevaleció por opinión firme y constante, que Rosa obraba gobernándola el espíritu de Dios; que estaba llena del dón de sabiduría y la asistía ciencia infusa. Por lo cual Luisa de Melgarejo, mujer santísima, tenía tan alto concepto de esta virgen, que si alguna vez se encontraban, siempre la saludaba de rodillas,



por más que ella lo repugnase; y si la veía pasar no se podía contener sin fijarse en las huellas de sus pies, y besar el sitio en donde los había puesto en señal de reverencia. Si se la ocurría escribirla alguna vez lo hacía siempre de rodillas.

Principalmente el Doctor Castillo y el Maestro Lorenzana, tratando algunas veces de la perfección con que caminaba Rosa, uniformes entrambos, admiraron en ella dos cosas singularísimas. Lo primero, que en brevísimo tiempo, echando por el atajo, y casi de un salto, había llegado hasta el grado más elevado de la vía iluminativa y unitiva, sin haber tocado en la purgativa. La causa, según confesaban ambos, era el haberla prevenido la divina misericordia desde su infancia con bendiciones de dulzura. Desde entonces la habían movido é impulsado al bien fines altísimos en que casi nada terreno podía encontrarse. Lo segundo, que en aquel horrendo tormento de oscuridades solitarias de espíritu, que solamente los no experimentados dejan de tener por horribles y formidables, era tan admirable la fortaleza, ánimo y constancia de Rosa, que no sólo podía tolerar el tormento, siendo ella tan delicada, sino que suponiendo primero gran resignación y conformidad, importunaba piadosamente á Dios para que la afigiese con más trabajos; con tal que quedase siempre la victoria y el triunfo por la voluntad divina. Este modo de negación de sí misma, es de los más supremos, más finos y más de veras, y juntamente es lo más dificultoso para quien ama con tal extremo, que tiene por mayor felicidad no ser, que dejar de amar. Es fuerza confesar que esta virgen era verdadera Rosa, que no podía marchitarse; pues no pudieron deslucir su verdor, alterar su belleza y hermosura las malezas y espinas sin cuento que por todas partes la cercaban.



## CAPÍTULO XVI

Goza Rosa de trato familiar con Jesucristo, con su Madre y con Santa Catalina de Sena. Delicias y consuelos que la proporcionan estas visitas.

**A**L alma, á quien amargan las cosas de la tierra, son dulcísimas las del cielo. Esto sucedió á Rosa, cuya conversación toda era del cielo. Algunas veces leía entre día libros espirituales y escogía con cuidado los capítulos más acomodados al tiempo que de presente corría y al afecto que más predominaba. Deteníase algún tanto en las líneas donde hallaba escrito el dulcísimo nombre de Jesús; porque en todos los ápices de los caracteres que le componen, sentía el corazón centellas y estímulos amorosos. No paraba aquí su dicha. El amante Niño, en forma muy diminuta, se aparecía á la enamorada virgen encima del libro que estaba leyendo. Luego daba algunos pasitos ligeros por el papel y tal vez con rostro sereno, tierno y dulcemente halagüeño la miraba y hacía dulcísimas caricias. Y como es Verbo y Palabra eterna, introducíase allí como objeto dignísimo de la atención y lección devota de Rosa, aquel en quien